

La parca inexorable
Te arrebató á la tumba,
En eco lamentable
La bóveda retumba,
Y allá en su centro lóbrego
Sonó ronco gemir.

¡Ay! perdona, ofendido
Espíritu, perdona.
Si en la region de olvido
Ciñes aurea corona,
Y tus virtudes sólidas
Tienen ya galardón,

No de una madre ingrata (*)
El duro ceño acuerdes;
Que nunca se dilata
La existencia que pierdes,
Sin que la turben pérfidas
Envidia y ambición.

(*) Puede verse la nota de la Academia sobre esta Oda al pie de la del autor.

TRADUCCIONES DE HORACIO.

Á VENUS. (Lib. I. Oda 30.)

DEJA tu Chipre amada (11),
Venus, reina de Pafos y de Gnido,
Que Glicera adornada
Estancia ha prevenido,
Y te invoca con humos que ha esparcido.

Trae al muchacho ardiente
Y las Gracias, la ropa desceñida,
Y á Mercurio elocuente,
Y de ninfas seguida
La juventud, sin ti no apetecida.

Á LEUCÓNOE. (L. II.)

No pretendas saber (que es imposible)
Cuál fin el cielo á ti y á mí destina,
Leucónoe, ni los números caldeos
Consultes, no; que en dulce paz cualquiera
Suerte podrás sufrir. Ó ya el Tonante

Muchos inviernos á tu vida otorgue,
 Ó ya postrero fuese el que hoy quebranta
 En los peñascos las tirrenas ondas,
 Tú, si prudente fueres, no rehuyas
 Los brindis y el placer. Reduce á breve
 Término tu esperanza. La edad nuestra
 Mientras hablamos envidiosa corre.
 ¡Ay! goza del presente, y nunca fies,
 Crédula, del futuro incierto día.

Á ICCIO. (L. 29.)

¿QUÉ, al fin las riquezas
 De la Arabia envidias,
 Iccio, y á los Reyes,
 No vencidos antes,
 De Sabá preparas
 Guerra luctuosa,
 Y al medo terrible
 Pesadas cadenas?
 ¿Cuál servirte puede
 Bárbara cautiva,
 Que llore á tus manos
 Su esposo difunto?
 ¿Cuál en regio alcázar

Llenará tus copas,
 Ungido el cabello
 De aromas suaves,
 Mancebo ministro,
 Enseñado solo
 Á tirar saetas
 Séricas, doblando
 El arco paterno?
 ¿Quién ya dudaría
 Poder los arroyos
 Subir á las cumbres,
 Y el rápido Tibre
 Volver á su fuente,
 Si tú de Panecio
 Las preciadas obras
 Y las que produjo
 Socrática escuela
 (No á costa de leve
 Afán adquiridas)
 Dar quieres en cambio
 De arneses iberos?
 ¡Tú, que prometiste
 Virtudes mayores!

Á LICINO. (II. 10.)

RUMBO mejor, Licino,
Seguirás no engolfándote en la altura,
Ni aproximando el pino
A playa mal segura,
Por evitar la tempestad obscura.

El que la medianía
Preciosa amó, del techo quebrantado
Y pobre se desvía,
Como del envidiado
Alcázar de oro y pórfidos labrado.

Muchas veces el viento
Árboles altos rompe: levantadas
Torres con mas violento
Golpe caen arruinadas:
Hierre el rayo las cumbres elevadas.

No en la dicha confía
El varon fuerte, en la afliccion espera
Mas favorable dia:
Jove la estacion fiéra
Del hielo vuelve en grata primavera.

Si mal sucede ahora,
No siempre mal será. Tal vez no excusa
Con cítara sonora
Febo animar la Musa;
Tal vez el arco por los bosques usa.

En la desgracia sabe
Mostrar al riesgo el corazon valiente;
Y si el viento tu nave
Sopla serenamente,
La hinchada vela cogerás prudente.

QUE LA VIRTUD NADA TEME. (III. 3.)

EL que inocente
La vida pasa,
No necesita
Morisca lanza,
Fusco, ni corvos
Arcos, ni aljaba
Llena de flechas
Envenenadas,
Ó á las regiones
Que Hidaspe baña,
Ó por las Sirtes
Muy abrasadas,

Ó por el yermo
Cáucaso vaya.

Yo la sabina
Selva cruzaba,
Cantando amores
A mi adorada
Lálage, libre
De afán el alma,
Por muy remoto
Sitio, sin armas;
Y un lobo fiero
Me ve y se aparta.
Monstruo igual suyo
No tiene Daunia
En montes llenos
De encinas altas,
Ni los desiertos
De Mauritania,
Donde leones
Y tigres braman.

Ponme en los yertos
Campós, do el aura
No goza estiva
Ninguna planta,

Lado del mundo,
Region helada
Que infestan vientos
Y nubes pardas;
Ó en la que al rayo
Del sol cercana
De habitaciones
Carece y aguas;
Lálage siempre
Será mi amada,
Dulce si rie,
Dulce si canta.

Á PÓSTUMO. (II. 14.)

¡Ay, cómo fugitivos se deslizan,
Póstumo, caro Póstumo, los años!
Ni la santa virtud el paso estorba
De la vejez rugosa que se acerca,
Ni de la dura, inevitable muerte.
Y aunque á su templo des tres hecatombes
En cada aurora, sacrificio y ruego
Pluton desprecia, á tu lamento sordo.
Él al triforme Gerion y á Ticio
Guarda, y lós ciñe con estigias ondas,
Que han de pasar cuantos la tierra habitan,

Pobres y Reyes. Y es en vano el crudo
 Trance evitar de Marte sanguinoso,
 Y las olas que en Adria el viento rompe
 Con sordo estruendo; y vano, en el maligno
 Otoño el cuerpo defender del Austro;
 Que al fin las torpes aguas del obscuro
 Cocito hemos de ver, y las infames
 Bélides, y de Sísifo infelice
 El tormento sin fin que le castiga.
 Tu habitacion, tus campos, tu amorosa
 Consorte dejarás. ¡Ay! y de cuantos
 Árboles hoy cultivas, para breve
 Tiempo gozarlos, el ciprés funesto
 Solo te ha de seguir. Otro mas digno
 Sucesor brindará del que guardaste
 Con cien candados cécubo oloroso,
 Bañando el suelo de licor, que nunca
 Otro igual los pontífices gustaron
 En aureas tazas de opulenta cena.

Á AUGUSTO. (L. 12.)

¿De cuál varon ó semidios el canto
 Previene, alma Clio,
 En corva lira ó flauta resonante?
 ¿De cuál deidad? ¿á cuyo nombre santo

Eco responda alegre, en el umbrío
 Helicon, ó el Pindo, ó en la altura
 Del Hemo helada, en que se vió vagante
 Selva seguir del tracio la dulzura,
 Que el curso detenía
 De los torrentes rápidos, usando
 Maternas artes, y al sonoro acento
 De sus cuerdas los árboles movía,
 Y el ímpetu veloz paró del viento?

¿Á quién primero ensalzaré cantando,
 Sino al gran padre, que la estirpe humana
 Y la celeste rige, el mar, la tierra,
 Y al variar contino
 Del tiempo, anima cuanto el orbe encierra?
 Él es primero y solo, igual no tiene
 Su esencia soberana;
 Si bien segunda en el honor divino,
 Inmediato lugar Palas obtiene.
 Ni á ti, Baco, en batallas animoso
 Callaré, ni á la virgen cazadora,
 Ni á Febo luminoso,
 Diestro en herir con flecha voladora.

Tambien los triunfos cantaré de Alcides,
 Y á los hijos de Leda, celebrado

Ginete el uno, y en dudosas lides
 El otro vencedor; cuya luz clara,
 Luego que al navegante resplandece,
 Precipita del risco levantado
 La espuma resonante,
 El rauda viento para,
 La negra tempestad desaparece,
 Y á su influjo, del mar en breve instante
 Calma el furor terrible.

Dudo si aplauda al fundador Quirino
 Despues de aquellos, del prudente Numa
 El gobierno apacible,
 Las haces justicieras de Tarquino,
 Ó de Caton la muerte generosa,
 Los Escauros, y Régulo constante;
 Ó si de Emilio cante,
 Pródigo de la vida,
 La palma por Anibal obtenida.
 Curio, la cabellera mal compuesta,
 Fabricio, el Gran Camilo, victorioso
 Adalid á quien dieron sus abuelos
 Hacienda escasa y parca, la molesta
 Pobreza toleró. Crece frondoso
 Con una y otra edad arbol robusto;
 Asi la fama crece de Marcelo:

Y vemos ya en el cielo
 Brillar de Julio la divina estrella,
 Cual suele entre menores
 Lumbres Dictina aparecerse bella.

Jove Saturnio, tú de los mortales
 Amparo y padre, á quien cedió el destino
 La proteccion de Augusto,
 Tú reina, y él á ti segundo sea.
 Ó ya sobre los Partos desleales,
 Que amenazan el término latino,
 Adquiera triunfo justo,
 Ó en las últimas playas del oriente
 Indos y Seres humillados vea;
 Él, inferior á ti, dé soberano
 Leyes al mundo. Tú, de Olimpo ardiente
 En grave carro oprime las alturas;
 Y el rayo vengador tu fuerte mano
 Vibre, las selvas abrasando impuras.

PROFECÍA DE NEREO. (L. 15.)

LLEVANDO por el mar el fementido
 Pastor á Helena en sus idálias naves,
 Nereo de los aires la violenta

Furia contuvo apenas, y anunciando
 Hados terribles: en mal hora, exclama,
 Llevas á tu ciudad á la que un día
 Ha de buscar con numerosas huestes
 Grecia, obstinada en deshacer tus bodas,
 Y de tus padres el antiguo imperio.
 ¡Cuánto al caballo y caballero espera
 Sudor y afán! ¡Oh cuánto á la dardania
 Gente vas á causar estrago y luto!
 Ya, ya previene Palas iracunda
 El almete y el égida sonante,
 Y el carro volador; y aunque soberbio
 Con el favor de Venus la olorosa
 Melena trences, y en acorde lira,
 Grato á las damas, cantes amoroso
 Verso, nunca será que las agudas
 Flechas de Creta y las herradas lanzas,
 Funestas á tu amor, huyendo evites;
 Ni el militar estrépito, ni al duro
 Ajax, ligero en el alcance. Tarde
 Será tal vez, pero ha de ser, que en polvo
 Tu cabello gentil todo se cubra.
 ¡Ay! ¡No miras al hijo de Laertes
 Y Nestor el de Pilos, á lós tuyos
 Uno y otro fatal? ¡No ves que osados
 Ya te persiguen, Teucro en Salamina

Príncipe, y el que vence las batallas
 Y diestro auriga á su placer gobierna
 Los caballos, lidiando, Esteneleo?
 Tiempo será que á Merion conozcas
 Y á Diomedes, mas fuerte que su padre.
 ¡Le ves, que ardiendo en cólera te busca,
 Te sigue ya? Tú, como el ciervo suele,
 Si al lobo advierte en la vecina cumbre,
 El pasto abandonar, así cobarde
 Y sin aliento evitarás su golpe:
 Y no, no fueron tales las promesas
 Que á tu señora hiciste. La indignada
 Gente que lleva Aquiles, el funesto
 Hado de Troya y sus matronas puede
 Un tiempo dilatar; pero cumplidos
 Breves inviernos, las soberbias torres
 Arderá de Ilion la llama argiva.

CONTRA EL LUJO Y AVARICIA DE SU TIEMPO.

(II. 18.)

No de mi casa en altos artesones
 Brilla el marfil ni el oro,
 Ni columnas, que corta en sus regiones
 Apartadas el moro,
 Sostienen traves áticas. Ni intruso

Sucesor, el alcázar opulento
 De Pérgamo ocupé. Nunca labraron
 Púrpuras de Laconia para el uso
 De su señor mis siervas;
 Pero vivo contento
 De que jamás faltaron
 En mí virtud y numen afluente.
 Soy pobre; pero el rico á mí se inclina.
 Ni pido mas á la bondad divina,
 Ni para que mis fondos acreciente
 Importuno al amigo generoso:
 Harto soy venturoso
 Con mis campos sabinos.
 Una y otra despues arrebatadas
 Huyen las horas, y de igual manera
 Las nuevas lunas á morir caminan.
 Tú, cercano á la muerte,
 De marmol edificas levantadas
 Fábricas, olvidado de la tumba;
 Y estrecho en la ribera
 De Bayas, donde el piélagos retumba,
 Buscas en él cimiento.
 ;Qué mucho si los términos vecinos
 Alteras avariento,
 Usurpando á tus súbditos la tierra!
 Por ásperos caminos

Tímidos huyen la muger y esposo,
 Ambos al seno puestos
 Sus dioses y sus hijos mal compuestos.
 Pues no, no tiene el hombre poderoso
 Palacio mas seguro
 Que la mansion del Aqueronte avara:
 Ella le espera habitador futuro.
 ;Para qué anhelas mas? ;si al que mendiga,
 Hambriento y desvalido,
 Y al sucesor del trono, igual prepara
 La tierra sepultura;
 Ni el audaz Prometeo el aura pura
 Volvió á gozar, con dádivas vencido
 El que guarda las puertas del Averno?
 Él aprisiona á Tántalo, y la stirpe
 De Tántalo famosa:
 Él de quien sufre angustia dolorosa,
 (Invocado tal vez, ó aborrecido)
 El llanto acalla en el horror eterno.